

cias de felicidad que nos presentan los mundanos, á pesar de nuestras aflicciones, ¡qué digo! á causa de nuestras mismas aflicciones, dirijamos constantemente nuestras miradas y elevemos nuestros corazones hácia el cielo, y obtendremos, en el seno de Dios, la paz y el gozo eterno, frutos dichosos que el Espíritu Santo habrá cultivado en nuestras almas. *Fructus spiritus gaudium, pax* (GAL. V).

## GRACIA

(LA)

### Y SUS PRODIGIOS.

*Gratia Dei sum id quod sum.*  
Por la gracia de Dios soy lo que soy.  
(I Cor. xv, 40.)

Fundar una religion nueva es obra tan superior á las fuerzas humanas, que donde quiera que se intenta tal empresa seriamente, es recibida con una sonrisa de compasion. No hay mortal capaz de representar un nuevo Moisés, un nuevo Cristo, sin que su nombre caiga herido del más soberano ridiculo. ¿De dónde viene esta disposicion del espíritu en nuestros dias? ¿Será tal vez la dificultad de escoger dogmas y mandamientos, que sean del agrado de los que no aceptan los del Evangelio? ¿Será debido al sentimiento implícito de la inmortalidad del Cristianismo? No lo creo; el mayor obstáculo, la principal dificultad que se opone al éxito de todas las revelaciones de lo porvenir, no consiste en producir dogmas que engendren la certidumbre, sinó dogmas que tengan una eficacia práctica y que engendren la santidad. Sí; á mi parecer, una de las más bellas pruebas del Cristianismo es este poder de santificacion: todo símbolo que excluye á Nuestro Señor Jesucristo, autor de la gracia que santifica, es una simple especulacion. Solo el Cristianismo, pasa de las ideas de la humanidad á las costumbres; está probado por sus prodigios, y

aún más por sus virtudes; pues, y en esto apelo á las leyes ordinarias de la naturaleza, un santo es un milagro casi tan brillante como la resurreccion de un hombre. ¿Cuál es la causa de que el Evangelio no haya sido un sistema moralmente estéril como la república de Platon? ¿En qué consiste que nuestra religion, que tan sábiamente sabe disertar en una escuela, sabe aún mejor resistir y sufrir en los diferentes palenques que sus perseguidores le han abierto? ¿Por qué obtiene de nosotros, no una simple adhesion, como los sistemas filosóficos, sinó una adhesion sin limites, llena de sacrificios y que cuesta el bienestar, la gloria y la vida? Es que tiene una influencia misteriosa, influencia que da el movimiento al mundo moral que nos rodea, y que no puede ser contrahecha por la audacia de los innovadores, en cuyo Evangelio falta siempre, como al gran Arquímedes, el punto de apoyo para levantar el mundo; esta influencia no se prueba como una teoría, sinó como un hecho último y soberano; no se encuentra á fuerza de argumentos ni en la punta de los telescopios, es preciso sentirla; no reside en los cielos, sinó que obra en las profundidades de la conciencia, y se llama la gracia de Dios.

Hay en estas palabras: *la gracia de Dios*, un encanto infinito que prueba nuestra debilidad y nos inspira una dulce confianza, cuyo principio no reside en nosotros mismos, porque expresa la idea de una fuerza superior y agena á nuestra naturaleza. Pues bien; el linaje humano, que se complace en descansar, confiado en la gracia de Dios, como el inocente niño reclina la cabeza en el seno de su madre; el linaje humano, que nada proyecta, espera ni decide que no sea por la gracia de Dios; no la conoce. Voy, pues, á manifestároslo; y si encontráis el principio de este discurso algo árido, espero que el fin no lo será. Vosotros, los que quisierais sacudir el peso de vuestras cadenas, y que no lo intentais por temor á las dificultades; que no veis en la virtud otra cosa que un ideal quimérico expuesto á las miradas de algunos místicos alucinados, y que, habiéndola buscado vanamente en los principios filosóficos, no habeis creído que puede hallarse en el sacrificio religioso; vosotros, los que no habeis visto en ella más que el resultado del temperamento y de las mil pasiones que agitan cada existencia; vereis que la virtud es un efecto de la gracia oculta en el sacramento. Dividiremos el asunto en dos puntos:

Primero: cómo penetra la gracia hasta las profundidades de la moralidad humana.

Segundo: cuáles son los prodigios que opera.

Imploremos ántes las gracias del Espíritu Santo. A. M.

1. La gracia, segun la teología, es un don gratuito y sobrenatural concedido por Dios á la criatura racional para que pueda alcanzar la vida eterna.

Por excelente que sea este don, más fácil es apreciarlo por sus resultados que por su naturaleza. La gracia, con relacion al corazon, es el placer que nos causan las buenas acciones; es esa dicha que produce la virtud, como la caída nos la producía en el pecado; es, como se ha dicho, la concupiscencia del bien, equilibrando en nosotros la concupiscencia del mal, y una especie de poder suspendido sobre la naturaleza caída y que tiene cierto atractivo para elevarla sobre sus playas, como la luna para levantar los mares.

La gracia, considerada con relacion á la conciencia, es esa voz de Dios, que nos recompensa ó nos castiga despues de cada una de nuestras acciones libres, y que no procede de nosotros mismos, porque resuena á nuestro pesar; es esa infusion de Jesucristo, que mezcla celestiales elementos á nuestra terrestre miseria, acción enérgica y suave á la vez, que perfecciona nuestra libertad en vez de violentarla.

La gracia, con relacion al espíritu, es la solucion de una dificultad espantosa. Sirve, en efecto, de contrapeso en las tendencias humanas á la corrupcion original, sostiene al hombre suspendido entre dos corrientes sublimes, que, balanceándole, forman un orden sublime, pero que trastornarian el mundo moral si la una absorviera á la otra. Por ejemplo, sin la gracia, el pecado original, esto es, la culpabilidad de todos por la falta de uno, seria una iniquidad incomprensible; pero, por la gracia, de la misma manera que todos pecaron en Adán, todos son purificados en Nuestro Señor Jesucristo. La imputacion de un pecado que no fué nuestro, se equilibra por la de un mérito que tampoco lo es. El beneficio de la solidaridad espiritual compensa la desgracia de la solidaridad carnal; y siéndonos para el bien, el segundo Adán, lo que para el mal el primero, una gran misericordia hace frente á un gran castigo en el plan divino; polos sublimes, que, se contrabalancean, como en Dios la justicia y el amor justifican perfectamente el pecado hereditario por una redencion, que no lo es ménos.

Pero ¿de qué manera esta gracia, es decir, esta virtud que diviniza los pobres gusanos de la tierra y abre á los hijos de Adán el camino de la eterna gloria, de qué manera, decimos, le será aplicada?

Desde luego, por el solo hecho de la muerte de Cristo, el hombre no puede ser restaurado, porque esta seria una redencion inmoral que le salvaria sin poner nada de su parte. Para que la gracia sirva

enérgicamente á las debilidades de este mundo, es preciso que nos sea aplicada por un acto de nuestra voluntad y en proporcion de nuestro concurso. A este fin, Dios ha establecido canales por donde llegue hasta nosotros: pero, la gran via por donde desciende la fecundidad celestial al alma de los mortales; el agua viva que hace florecer las virtudes en el fango de nuestra corrupcion, son los sacramentos. En efecto, en estas abluciones profundas, el Cristianismo ha sumergido al universo, llegado á ser su catecúmeno, para borrar de él las manchas de cuatro mil años. No ha sido por medio de ideas, sino por el de prácticas fecundas, que ha dado al mundo ese trage de inocencia, en presencia del cual, si el paganismo resucitara, no reconoceria al linaje humano de su tiempo; no hay entre nosotros nadie tan fuerte que, en el momento que las esclusas de la gracia se cerraran sobre su cabeza, pudiera contar por sí mismo, con veinte y cuatro horas de virtud. Esos estériles contempladores del mundo que aspiran á la virtud cristiana, olvidando los medios de moralidad, no hacen otra cosa que comenzar de nuevo la famosa tela de Penélope. Este es, en efecto, un trabajo simple y sencillo, que consiste en la investigacion séria del problema de los efectos sin causa, lo que llamaba Voltaire en su mordaz lenguaje, perder su alma sirviendo al mismo tiempo de escarnio. Por medio de los sacramentos es como la gracia se inocular en la moralidad humana: para no fatigaros deduciré de los hechos la prueba, que tan cómodamente podria deducirse de la doctrina.

Sí; yo siento el axioma, que un hombre provisto de ese viático divino, que llamamos sacramentos, practica más virtudes que un indiferente, aún cuando sean iguales en ambos las pasiones. Siento tambien este otro, que con iguales pasiones, un pueblo que no admita la Penitencia y la Eucaristía, descenderá moralmente por bajo de otro pueblo que confiese y comulgue.

Tal vez se nos oponga la pretendida pureza de ciertas poblaciones rusas y anglicanas, y la relajacion de otras católicas; pero váyase con cuidado antes de pronunciar tal juicio, que tiende á hacer descender pueblos católicos y pátria de santos, por bajo del embrutecimiento moscovita y de la inmunda sentina del anglicanismo. Los que así hacen traicion á su país por odio á Jesucristo, desertando como enemigos, son grandes criminales, y si fueran sorprendidos en la misma direccion sobre un campo de batalla, pagarian con su cabeza la infamia de su traicion.

Se cita á Inglaterra. Todo ha sido dicho y repetido hasta la saciedad; los pueblos que tienen ménos virtudes son los que afectan y

hacen alarde de más rígidas costumbres. El mundo puede ser engañado por estas hipócritas apariencias; pero el sacerdocio, que tiene la costumbre de leer en esas miserias, desprecia la falsedad de los que engañan y la frivolidad de los que se dejan engañar. Por otra parte, es que vosotros, los que habláis con tanto optimismo; ¿habeis estudiado las inmundicias de Londres y de ese archipiélago religioso, de mil matices y mil contornos que se llama América? ¡Ah! procedéis con los pueblos católicos de la misma manera que con los buenos cristianos, contáis sus defectos, cerrando los ojos para no ver sus virtudes: se trata de pueblos que se os parecen, de pueblos anticatólicos; entónces echáis un espeso velo sobre sus vicios, ponderando sus virtudes con enfática apoteosis, y con semejantes elementos pronunciais vuestros juicios sobre los pueblos y los individuos. ¿Hay algún justo aquí abajo, que no pueda llevarse al suplicio con una justicia que recuerda la de Caifás?

Anteriormente he sentado la igualdad en las pasiones. Pero ¿creéis vosotros que sus ímpetus sean lo mismo entre los hielos de la Siberia, bajo los frios vapores de la Alemania, que en la ardiente zona de España é Italia? ¿En qué vendría á parar la tan decantada rigidez de ciertas naciones heréticas, si recibieran sobre sus miembros los rayos de ese sol que abrasa nuestra sangre? Allí se echarian menos esos dos moderadores, tan poco apreciados por los que nos han legislado, y que se llaman la Penitencia y la Eucaristia. El error ha huido de los países difíciles de gobernar á causa de su temperamento, para refugiarse en climas en donde el sol no calienta vivamente las pasiones. Si se aboliera el confesionario más allá de los Alpes, ó de los Pirineos, se escaparían de nuestros templados climas los más fétidos miasmas, y los vientos del mediodía arrojarían su ponzoña sobre el resto de la Europa; entónces los sábios espantados dirían al sacerdocio: Abrid nuevamente las piscinas probáticas, á fin de que podamos sumergir las naciones gangrenadas en las olas del Siloé.

Me direis, quizás, que no podeis admitir que una acción tan milagrosa pueda salir de signos tan vulgares: pues precisamente porque la fuerza ha salido de tan modesta apariencia, el milagro es más digno de Dios y de mi fe. Os escandalizais de este signo; pero, como estais formados de carne y de espíritu, es preciso que la forma del sacramento sea sensible para que os sea anunciado y no seais juguete de una perpétua alucinación. Todas las cosas, se ha dicho, tienen su signo bajo el sol; ¿por qué, pues, la gracia de los sacramentos no ha de tener también el suyo? Con un espaldarazo haceis un caballero; ¿y os sonreís porque con un poco de agua hacemos un

cristiano? Con vuestra firma, esto es, con vuestro nombre por escrito, creais y destruis infinitas cosas; ¿y moveis la cabeza con aire de duda cuando Dios, con una sola palabra, pronuncia sobre vuestra alma la muerte ó la vida? ¿Es que vuestros signos son más racionales que los nuestros? ¿Es que vuestras condecoraciones, vuestras cintas y vuestros bordados, expresan mejor las grandezas gerárquicas, que vuestras unciones y abluciones la virtud celeste que de ellas emana? Cuando Dios no se os manifiesta por un signo, decís: no le he visto: y cuando se os manifiesta por él, decís: no le he reconocido. Si el signo es profundo, encontrais que no es popular, y si, por el contrario, es popular, nos echais en cara su falta de profundidad. Confesad francamente que no le quereis, y dejas de hacer esa guerra de sutilezas, que os rebaja más que el daño que con ella haceis; con tanta mayor razon, cuanto que el sacramento insultado en su verdadero signo, conserva siempre otro en la historia que desafía todas las negaciones; tal es, el renacimiento perpétuo del universo.

2. Al llegar aquí, desciendo de la esfera de la teoría á las más vivas realidades humanas, para examinar cuáles son los prodigios que la gracia opera en vuestra moralidad.

Considero la moralidad en el estado de inocencia, que necesita ser preservada; en el estado de degradación, que necesita ser restaurada; en el estado de heroísmo, que necesita ser sostenida y desenvuelta, y creo, que estos tres resultados no pueden obtenerse más que por la acción de los sacramentos.

Veámosla, desde luego, en el estado de inocencia, en el que necesita ser conservada. Sí; hé ahí un adolescente en el que vosotros os consideraréis revivir un dia; sobre el candor de su frente habeis depositado mil esperanzas, y se vé la paz de muchas generaciones en la limpidez de sus miradas. ¿Como defendereis una inocencia que os es tan querida? No trataré largamente esta cuestion porque la experiencia la tiene ya resuelta. Lo que todos sabemos, y principalmente nosotros, hombres apostólicos, es, que donde quiera que hemos encontrado el famoso Emilio de Juan Jacobo Rousseau, ha sido en manos de aquellos á quienes no se les habia hablado de Dios hasta los veinte años. Ese prodigio tan ensalzado por la escuela filosófica, no era prodigio sinó por su depravación. Sin sacramentos, no hay una flor que no se marchite; sin la influencia del sacerdote, de ese hombre al pié del cual se desprende el arte de gobernar su vida, no hay castidad que sea auténticamente conservada. ¿Cómo podría dudarse esto en presencia del espectáculo á que asistimos hace mil ochocientos años? Se cuenta que Mitrídates sembraba el oro en su camino para